

también lo encerraron, así que tenía que hacer de todo para sacar adelante la familia, desde vender bocadillos en el tren, hasta limpiar casas. A mí no me podía ayudar en nada, a pesar del hambre que pasaba, porque en Guadalajara es donde más negras lo pasé después de los primeros días del Campo de los Almendros, y de la Plaza de Toros. La comida era muy mala. Pero lo peor es que era muy escasa. Yo vi gente en las duchas que los huesos les rompían la piel en algunas partes del cuerpo.

Antes de ir a juicio estaba en lo que eran los talleres. Estábamos como sardinas en lata. A veces, por la noche, sentía uno como que le faltaba el oxígeno. Por el día, al menos que lloviera, tenías que salir al patio obligado, no importa el frío que hiciera. A pesar de la desnutrición tenías que estar en movimiento para evitar el frío. Los guardias penales eran unos sanguinarios. Escogidos para maltratar. El hambre, el maltrato eran tolerables. Lo que dolía de verdad era cuando sacaban gente a fusilar. Durante los años 1942- 43- 44, las sacas eran todas las semanas, por lo menos una vez, a veces 2 y 3 veces por semana. A las 5 de la mañana empezaban los vivos a la República, etc. Aquello era terrible.

Las cárceles franquistas todas tenían un denominador común: hambre, maltrato, frío en invierno y calor en verano. En la cárcel de Guadalajara es donde más tiempo pasé. Para no caer en la monotonía voy a resaltar los sucesos más dramáticos. Mi madre me visitaba cada 15 días. En la segunda visita, para sorpresa mía, vino acompañada con Pili, una novia que yo tenía de la guerra. Nos queríamos mucho. Cuando se despidió de mí, le dije: "Si todavía no me has olvidado, trata de olvidarme, pues yo no sé si salvaré el pellejo, y si lo salvo, esto va a ser para largo". Jamás volví a verla.

La vida seguía en la cárcel monótona y desesperante. El paisano mío y compañero de las milicias seguía condenado a muerte. Estaba en la sección de los condenados a muerte. No tenían contacto con el resto de los prisioneros. Los domingos tenían visitas. Yo lo visitaba algún domingo que otro. Era deprimente ir a verlo. Uno no sabía de qué hablar. Yo trataba de darle ánimos diciéndole que le rebajarían la pena de muerte a 30 años, pero él sabía que lo iban a fusilar.

Ya habían fijado la fecha para el juicio. Confieso sinceramente que tenía miedo. Mi madre siempre me decía que el teniente defensor le aseguraba que no me iban a condenar a muerte por ser menor de edad. Que la condena serían años, no sabía cuántos. A pesar de eso, uno siempre piensa lo peor y el pelotón de fusilamiento siempre estaba en la mente. Así pasaba muchas noches.

El día antes del juicio, los compañeros del dormitorio me prestaron una chaqueta y una camisa. Me puse el cuello de la camisa por fuera para aparecer más joven. Cuando llegamos a la corte militar, digo llegamos porque ese día fuimos a juicio como 7 personas, había dos mujeres. Estaban mi madre y mis hermanos. Fue un juicio rápido. A cada uno de los encausados le leyeron los cargos. Te preguntaban: "¿Culpable o inocente?", y tú contestabas, por supuesto: "Inocente". El jurado compuesto por militares se retiró a deliberar. No tenían nada que deliberar, porque cuando el fiscal, un capitán, nos leía los cargos, al final decían: "Hechos probados", pero había que hacer ese teatro.

Cuando me nombraron a mí, me puse de pie y leyeron la sentencia: "30 años de reclusión mayor". A pesar de los 30 años, fue la mejor palabra que oí en mi vida. Ese día hubo dos penas de muerte. Creo que esas penas de muerte fueron conmutadas.

Cuando había juicios, los compañeros esperaban el regreso para ver cómo salíamos. En mi caso me abrazaron, me felicitaron, porque 30 años, como dijo Gardel, no es nada. Después de que te juzgan pasas a otro dormitorio a donde están clasificados por años de condena. Yo fui al 2º dormitorio donde había gente con 20 años y 30 de condena. Este dormitorio o galería estaba en la parte superior de la institución. Me pusieron ayudante del jefe de dormitorio. Mi labor era la limpieza de la galería y el baño. Me daban doble ración de comida. No tenía que bajar al patio obligado, en fin, estaba mejor.

Allí pasé el susto de mi vida. Yo sabía de gente con 30 años de condena que los habían fusilado. Una mañana, como a las cinco de la madrugada, empezaron los gritos, maldiciones, vivos